

bandera. Por último los diputados, corregidores, cónsules, todo lo mas brillante y respetable. La procesion comenzó en Canal Street, á las nueve de la mañana, y concluyó en *Washington Square* á las seis de la tarde. Habia mas de cien mil personas en el cuerpo de la procesion. El órden, la decencia, el decoro, la circunspeccion que reinó desde el principio hasta el fin, fueron correspondientes á la riqueza de la poblacion, al grande objeto que se celebraba, y á la magestad de la nacion americana.

En aquellos dias representaba en el teatro del Parque el prodigioso Master Burke, irlandés de once años, que tocaba, cantaba, declamaba y hacia la pantomima con la gracia, delicadeza, fuerza y naturalidad que los primeros maestros del arte. Yo he quedado absorto, asi como los demas espectadores, al ver un niño de una vara de altura, su voz femenil, sus facciones delicadas, presentarse sobre las tablas y hacer ostentacion de sus prodigiosas habilidades.

En la ciudad de Nueva-York hay un considerable número de negros y gentes de color; aunque felizmente, asi como en los otros Estados del Norte desde el Maryland, no es permitida la esclavitud. Pero á pesar de esta emancipacion de la clase africana y su posteridad, ecsiste una especie de proscripcion social, que la escluye de todos los derechos políticos, y aun del comercio comun con los demas, viviendo en cierta manera como escomulgados. Esta situacion es poco natural en un pais donde se profesan los principios de la mas amplia libertad. Nada puede sin embargo

vencer la preocupacion que ecsiste sobre este particular. Las gentes de color tienen sus habitaciones, sus posadas, sus templos separados: son los judíos de la América del Norte. Esta repulsion de la sociedad los envilece y les quita los estímulos al trabajo: se entregan á la ociosidad, y no procuran mejorar una situacion sin esperanzas, encerrada en tan estrechos limites en que apenas pueden tener lugar los cálculos del interes. De aquí los vicios y la pereza, que con muy pocas escepciones retienen á casi toda esta clase en los últimos rangos de la sociedad. Este es el grande argumento contra la emancipacion de los esclavos, argumento que desalienta á sus mas ardientes partidarios, y que inutilizaria sus esfuerzos si la abolicion de la esclavitud no fuese la ecsigencia de una necesidad que dentro de poco no admitirá mas dilacion.

La Inglaterra, en medio de las severidades de sus economías, en despecho de sus hábitos mercantiles, acaba de pagar, con el subido precio de cien millones de pesos, una deuda de humanidad y de honor nacional que hace cuarenta años se ha estado manteniendo en esfuerzos inútiles de una impotente filantropía. Mientras que violencias aisladas, y que uno de esos movimientos irreflexivos que no tienen consecuencia, elevan protestas en una ciudad de la América en favor de la esclavitud, una asamblea en Londres *compuesta de todos los partidos*, en donde O'Connell se sentaba al lado del ministro de las colonias, en donde la fiera aristocracia fraternizaba con los

hombres de color, celebraba el aniversario de la emancipacion de los negros. Lord Murgrave, recientemente llegado de Jamaica, en donde ha presidido las primeras sesiones de la emancipacion, ha declarado que la esclavitud por dos años mas, hubiera causado los mismos desastres que en Santo-Domingo. Este noble ejemplo que se cumple pacíficamente y en el mayor orden en las islas de la América inglesa, no puede dejar de causar un buen efecto en los Estados-Unidos del Norte. Todos los hombres que se penetran de que la preocupacion del porvenir, debe entrar en las cuestiones de lo presente, se persuaden fácilmente de que la sociedad debe preceder á las declaraciones de la esclavitud, antes que la esclavitud haga sus sangrientas irrupciones en la sociedad. La abolicion cuenta ya numerosos partidarios en los congresos de los Estados. Pero ¿cómo se remedia esa situacion embarazosa de las gentes de color libres en el centro de la sociedad americana? ¿Llegará un dia en que se incorporen al Estado y formen una parte integrante de la comunidad? Debemos esperararlo. La legislatura de Nueva-York ya dió el primer paso en 1829 estendiendo el derecho de sufragio á las gentes de color que tuvieren bienes raíces por el valor de doscientos cincuenta pesos, libre de toda carga.

Terminaré esta materia con una anécdota referida por un viajero. El hijo de un general haitiano, muy amigo del presidente Boyer, se propuso hacer un viage á Nueva-York con el objeto de divertirse y de instruirse al mismo tiempo. Este jóven, aunque mu-

lato, era de buenas maneras, trato agradable y decente, y de una educacion mas cuidada que lo que se encuentra en su pais. Acostumbrado en su patria á recibir los respetos debidos á su rango, esperaba que en Nueva-York encontraria las consideraciones que dan el dinero y la fortuna, con los goces que proporciona una ciudad opulenta y civilizada.

Al desembarcar ordenó que se llevase su equipage á la mejor posada. Pero encontró que no se le admitia á causa de su color. Pasó á otra y á otra; mas en todas partes encontró el mismo resultado, hasta que se vió obligado á tomar habitacion en la casa de una negra. El orgullo del jóven haitiano se vió humillado. tanto mas cuanto que se presentó vestido con elegancia y adornado con cadenas de oro, anillos y botones de brillantes, etc. Desgraciadamente continuó experimentando los mismos desaires en todos sus pasos; pues en el teatro no fué admitido en los palcos de los blancos, ni en los templos ni en ninguna sociedad. En la primera oportunidad regresó á su pais jurando no visitar mas los Estados-Unidos. Si este jóven hubiera ido á Europa ciertamente habria encontrado todas las comodidades y diversiones que hubiera deseado mediante su dinero, y sentádose en el teatro, en la posada y en el templo junto al mas blanco y la mas rubia Inglesa, Francesa ó Alemana.

«No puede uno estar veinticuatro horas en Nueva-York, sin oír los gritos alarmantes de *fuego*, dice un viajero. En efecto, un incendio en aquella ciudad, es una ocurrencia tan comun, que nunca causa

aquella ansiedad y sobresalto que en otras partes menos acostumbradas á esta calamidad. Los *bombistas* de Nueva-York son celebrados por su actividad y resolucion; y como es agradable presenciar el ejercicio de estas cualidades, me propuse asistir á todos los incendios que ocurriesen mientras estuviese en la ciudad. Los cuatro primeros fueron de poca consideracion, pues tres de ellos estaban ya estinguidos antes de mi llegada, y del cuarto solo alcancé á ver el humo. En el quinto tuve mejor suerte. Habiendo entrado en el lugar de la escena mas adentro de lo que convenia, creyendo que fuese lo mismo que anteriormente, tuve al fin la satisfaccion de presenciar la aparicion de un volúmen respetable de llamas que asomaba de las ventanas, chimeneas y puertas de los cuatro pisos de la casa, acompañado de humo, clamores, ruido y confusion capaz de contentar mis razonables deseos. Luego llegó una bomba de agua, y los gritos y el rechinado de las ruedas de las máquinas anunciaron la aprosimacion del socorro. Algun tiempo se pasó en conseguir el agua, sobre lo cual es de desear que el ayuntamiento mejore sus disposiciones. Sin embargo en pocos minutos y avenia á torrentes, y los dos elementos comenzaron su combate. Los que hacen este servicio son jóvenes ciudadanos que por dedicarse á él, y es sumamente severo, estan esceptuados del de la milicia. A la verdad que es sorprendente su actividad y osadía. En el momento se pusieron escalas, montaron á las chimeneas, comenzaron á sacar los mue-

bles que arrojaban á la calle sin mucha consideracion por los que allí habia, á riesgo de romperles los cascos.» El viagero continua haciendo una descripcion animada de los progresos del incendio, del brillante espectáculo que presentó por la noche, de la confusion y alarma en las casas vecinas, y hace la observacion de que en estos casos deberia hacerse lo que en Londres, que para evitar el concurso de gente ociosa que embaraza las operaciones y aumentan las dificultades, deberian cerrarse las entradas y cuidarse por la policia. « Sugiriendo esta idea de mejora á un amigo americano, continua, me contestó que seria de desear; pero que no estaban calculadas para el meridiano americano estas medidas, en donde la exclusion de cualquiera género es siempre opuesta á los sentimientos populares. En esta materia no puedo persuadirme que la exclusion de un grupo ocioso del teatro del incendio, por aumentar la dificultad de salvar la propiedad y la vida de algunos, pueda considerarse como un ataque á la libertad. »

Yo he oido decir á muchas gentes que en los Estados-Unidos habia una verdadera *aristocracia*, y á otras que es el pais de la libertad y de la *igualdad* absoluta. Unos y otros tienen razon, segun el sentido que se dé á la voz *aristocracia*. Ninguna ley, ni costumbre, ni recuerdo histórico ecsiste en aquel pais cuya tendencia sea á formar una clase *aristocrática*. La ley civil llama á todos los ciudadanos delante de los mismos tribunales, la ley política los reviste de los mismos derechos. Pero hay una ley

superior á las instituciones humanas, una ley de desigualdad que la naturaleza ha establecido, y que ningun legislador puede abolir; ley que tiene mas imperio en los pueblos libres que en los gobiernos despóticos, pero que siempre ejerce una influencia poderosa : esta ley es la de la capacidad mental, la superioridad del talento. ¿Qué disposicion, qué reglamento podrá en efecto hacer que un hombre de talento, de instruccion y de capacidad permanezca al mismo nivel social, en el grado mismo de consideracion y de influencia, que otro hombre que no esté dotado de las mismas cualidades? De consiguiente no puede el segundo optar á los mismos empleos, ni ser recibido en sociedad con la misma estimacion, ni atraer el respeto y atenciones que el primero. Esta es ya una desigualdad, y esta ecsiste en los Estados-Unidos como en todas partes. Webster, Clay, Calhoun, Van-Buren, Jackson, Forsthyth, Poinsett y otros son personages muy superiores al resto de sus conciudadanos.

Hay otra superioridad que, aunque no es de la naturaleza, es una consecuencia necesaria del estado en que se halla constituida la sociedad en general, y que han querido infructuosamente modificar varios filósofos utopianistas : esta es la de la riqueza. Un hombre rico debe tener mas conexiones, debe ofrecer mas esperanzas, debe hacer mas gastos que otro pobre. Tiene mas medios de influir, y mas capacidad de hacer bien y mal, que otro en quien no concurren las circunstancias de riqueza ó de talento. Seme-

jante hombre se considera elevado sobre los demas, y en cierta manera lo está, porque de él dependen muchos, porque no necesita trabajar para subsistir, porque puede satisfacer sus necesidades y sus placeres.

Ved aqui las dos clases de gentes que en los Estados-Unidos del Norte mantienen una especie de gerarquía habitual, cuyos privilegios naturales no dependen de manera alguna de la legislacion. Yo me acuerdo que yendo de Europa á los Estados-Unidos, en 1831, en el hermoso paquete Francisco I<sup>o</sup>, iba al mismo tiempo en el buque la familia de M. François Depau, comerciante millonario de Nueva-York, y uno de los socios de la compañía de esos paquetes. Habia muchos pasajeros de distincion, entre ellos el general Santander, el señor Acosta, actualmente encargado de negocios de la Nueva-Granada, cerca de los Estados-Unidos, un noble italiano llamado Suzarelli, en suma toda gente de educacion y principios. Sin embargo de esto M. Depau y su familia comian por separado en la cámara de las señoras, teniendo quizás á menos asociarse con nosotros. Confieso que me ofendia esa conducta en tales circunstancias. Pero ¿á quién ofendia, ó qué derecho podia haber para reclamar contra su ridiculo aislamiento? Yo le miraba con menosprecio, lo mismo que mis compañeros. Esto hacen tambien muchos de los Estados-Unidos del Norte.

Compárese esta con la aristocracia mejicana y se notará la diferencia. Entre nosotros las leyes y las

antiguas preocupaciones mantienen una *aristocracia* verdadera, una *aristocracia* de privilegio, en suma una *aristocracia* de leyes *escepcionales* y de consiguiente mortífera en una sociedad republicana popular. ¿Cómo podrán persuadir de su sincero y verdadero afecto á la libertad quienes reconocen clases enteras superiores á las otras por privilegios legales? Esto es lo que no he podido nunca entender, y esto explica tambien el origen de nuestras últimas revoluciones. En los Estados-Unidos podrán transmitirse los venerables nombres de sus hombres de estado, á sus hijos y nietos, si estos mantienen con sus luces, patriotismo y honor el lustre de sus ascendientes. Pero ya se ve que esta no es una prerogativa de las leyes; es del mérito personal.

En esta ciudad tuve la satisfaccion de ser presentado á M. Eduardo Livingston, ilustre jurisperito de los Estados-Unidos, autor de los códigos de la Luisiana y senador entonces, luego secretario de Estado y hoy ministro plenipotenciario cerca del rey de los Franceses. M. Livingston me ha referido él mismo, que despues de doce años de un trabajo continuado en la formacion de los códigos terminados á su satisfaccion, se retiró á las doce de la noche á su alcoba y dijo á su muger: « Ahora voy á dormir con la satisfaccion de haber concluido mi obra al cabo de doce años. » A las dos horas sintió ruido y luego clamores de los criados que gritaban *fuego*. El cuarto en que M. Livingston tenia los papeles y libros era el teatro de un incendio voraz. Todo lo consumió el

fuego, y M. Livingston dió principio á su tarea al dia siguiente con la misma constancia, hasta que de nuevo concluyó su obra digna de un profundo juriconsulto.

M. Livingston ha hecho un papel muy distinguido igualmente en el desempeño de la secretaría de Estado que estuvo á su cargo, pendientes las delicadas cuestiones de los *nulificadores* de la Carolina. El tino con que supo manejar los negocios, condujeron las cosas á un feliz desenlace. El manifiesto del presidente Jackson del mes de diciembre de 1832, obra de M. Livingston, es un documento de la mayor importancia en los anales de los gobiernos republicanos. En este papel se desenvuelven los principios de la forma de gobierno de aquellos Estados con una perspicuidad y maestría dignas de la magestad de un gran pueblo.